

IMPRONTA CULTURAL CANARIA EN EL SIGLO XVIII

JOSE ANTONIO INFANTES FLORIDO

OBISPO EMERITO DE CORDOBA
EX-OBISPO DE CANARIAS

Canarias, en el siglo XVIII vivió con pasión la lectura, de manera que el libro impreso tenía una presencia en los sectores ilustrados de las islas. La Inquisición tuvo un gran trabajo con los canarios aficionados a los libros extranjeros, a veces de ideas revolucionarias y en general de idearios avanzados. Lo que más llamaba la atención no era la facilidad con que se adquirían y circulaban, sino la libertad de leer. Los Inquisidores dejan constancia de este hecho: “Chicos y grandes y hasta mujeres —informaban al Inquisidor Mayor— se han entregado de poco tiempo a esta parte a leer cuantos libros de novedad y libertinaje pueden recabar, especialmente de Francia y de las librerías de Cádiz y Madrid”⁽¹⁾. Parecía que había sonado la hora de leer.

Ni que decir tiene que los impulsores de este afán cultural eran las personalidades más influyentes, a menudo con cargos importantes que suponían la confianza de la Corte, como el Comandante General de las Islas, Marques de Branciforte. Este militar aristócrata y culto fue paradigma de ilustrador y difusor de libros, amparado en su autoridad y prestigio. De su mano y de otros personajes del sector civil y eclesiástico los papeles impresos corrían como peces por el agua.

(1) EL MUSEO CANARIO, *Cartas de la Inquisición de Canarias*. T. 9., fol. 99.

A través de las bibliotecas privadas y de las intervenciones de la Inquisición puede seguirse, en gran parte, el movimiento cultural del pensamiento europeo en Canarias. La óptica inquisitorial —salvando la rectitud de intención— desfiguraba el verdadero retrato de hombres e ideas. De Viera y Clavijo llegan a decir que es “de genio audaz muy aficionado a la novedad y libros de libertinaje”⁽²⁾. En el ambiente adormecido de estas Islas semejantes desafueros sonaban como algo demoníaco. Nombres señalados como peligrosos venían a ser en general canarios cultos y deseosos de elevar la vida intelectual de todos: D. Fernando Molina y Quesada, D. Juan de Torres Chirinos, D. Bartolomé González de Mesa, Viera y Clavijo, Clavijo y Fajardo, algunos obispos y clérigos relevantes del Cabildo, como Madan y otros, constituían las cabezas de la Ilustración y el progreso.

Los libros que llegaban a las Islas eran de lengua inglesa, francesa y española, con una variedad de los escritos en latín. Los caminos para llegar a manos de los lectores eran de los más extraños y hasta sofisticados. Un conducto ordinario, bajo el debido camuflaje, lo formaban los libreros. Conocemos una lista de obras, la mayor parte en inglés, retenida por los inquisidores, a través de la intervención en 1778 de una remesa enviada desde Londres mediante la corbeta británica “La Esmeralda” y recibida por D. Nicolás Blanco, comerciante de origen irlandés en el Puerto de la Orotava. Se encontraban libros sobre filosofía historia, crítica, memorias, viajes, astrología y otros de temas bíblicos, teológicos y morales.

La conciencia de que el libros era un peligro para la salvación hizo a veces que salieran a la luz oficialmente, a la muerte de un converso extranjero. La convivencia con gente de toda procedencia y de toda lengua y religión hizo de estas islas una Babel viviente, con todas las consecuencias familiares, culturales y espirituales de las que es testigo la pastoral canaria, distinta de la llevada en otras partes. En España esta permanencia de comerciantes y cónsules, así como el tráfico de buques de paso hacia América y a otros puntos de Europa era una realidad compleja. El Obispo Delgado y Venegas informa al Rey de la situación: “Estas Islas —dice el prelado— son muy frecuentadas de extranjeros, especialmente de los países del norte infectados de herejía. Y por lo mismo se necesita especial cuidado en todo lo perteneciente a sacramentos y preceptos de la Iglesia, que son los puntos más impugnados y aborrecidos de los herejes”⁽³⁾. Había presbiterianos, anglicanos y luteranos de Holanda y Alemania y franceses tocados de enciclopedismo. Todos ellos con su cultura y sus libros. Además hay que tener en cuenta la población de malteses, griegos, portugueses, berberiscos, negros y un sin fin de traficantes de todo tipo, lo que

(3) A.H.N. SECCION DE ESTADO, *Informe del Obispo Delgado y Venegas*, Leg. 2844. n° 148.

daba colorido humano, influencia de costumbres e intercambio de libros o devociones, paganas y cristianas. Sin olvidar el trato canario de respeto y tolerancia, común estremo de convivencia ecuménica, propia de una sociedad cosmopolita.

Dicho talante no quitaba la incidencia apostólica y el proselitismo católico, frente al otro proselitismo, abierto o disimulado. De hecho, la diócesis de Canarias cuenta en su haber con gran número de conversiones, bautismos de extranjeros y abjuraciones, entre ellas sobre profesar una gran devoción por los libros opuestos a la fe católica, incluso defensores de los principios revolucionarios ya en pleno apogeo. La reacción inquisitorial era constante, pretendiendo salvar la fe, ponía en peligro pulverizar todos los “récores” culturales. Los libros se ocultaban, si eran sospechosos o estaban incluidos en el Índice, y pasaban como sombras pegadas a las paredes para llegar a su destino, el lector o las tertulias. La lectura fascinaba y afrontó una lucha desafiante, siendo el libro el puesto fronterizo de una constante batalla en pro de la cultura.

Un fruto de ese apasionamiento por saber fue las magníficas colecciones bibliográficas y las bibliotecas. Así quedaba establecido el paso benéfico de este meteoro luminoso de lo razonable y de lo crítico, de lo ideológico y de lo experimental, de lo religioso y de su purificación. Estos rasgos se encuentran, según Cioranescu, en toda la historia cultural del Archipiélago: “y si esta cultura tuvo un momento de esplendor, este fue precisamente nuestro siglo XVIII, cuando los San Andrés, los Iriarte, los Viera y Clavijo y los Clavijo y Fajardo fueron los representantes más eminentes del cosmopolitismo europeo”⁽⁴⁾.

Sería una valiosa aportación contar con los inventarios y su valoración lo más realista posible de las bibliotecas existentes en Canarias entonces. Claro que era una élite la que podía permitirse el lujo de tener una biblioteca en su casa. Estas librerías están proyectando la mirada sobre ciertas metas culturales, sociales, religiosas y económicas, abriendo claros de optimismo para un futuro que se soñaba, sabiendo muchos que el beneficio podía ser para otras generaciones.

Un paso trascendental fue la creación por Carlos III de la Biblioteca Pública, reservando los libros de los obispos fallecidos para el uso de sus sucesores y para el aprovechamiento público de los diocesanos. Salta a la vista el impacto producido por la decisión real, facilitando el acceso a obras valiosas, a las colecciones selectas e interesantes desde todos los puntos de vista. El Rey mandó incorporar a dicha biblioteca los libros de los jesuitas expulsados de sus casas y colegios y de la propia Nación.

(4) A. CIORANESCU, *Formación; José Viera y Clavijo. Noticias de la historia general de las Islas de Canaria*. Sta. Cruz de Tenerife 1950. T.I. Pág. 49.

En las Palmas, a partir del Obispo Cervera, se incrementaron los catálogos de obras puestas al servicio del público. Pero pronto se halló una seria dificultad y era la ubicación de la Biblioteca en el palacio episcopal, bajo el amparo del propio pastor. Los lectores rehuían temerosos de encontrarse de bruces con el Obispo, lo que hizo pensar en otra ubicación más accesible. Por ello se hicieron las diligencias oportunas para su traslado al Seminario conciliar, como así se consiguió. Carlos III, en la misma real cédula de creación, declaró necesaria la asistencia de un bibliotecario que estuviese a disposición de los lectores, cada vez más numerosos. Cervera presentó a Rodrigo Raymon y Alemán, clérigo bien dotado cultural y religiosamente hablando, siendo designado para este fin. Estaba al tanto de las publicaciones en España y en Europa, por lo que repetidas veces acudió al obispo y a Madrid para ampliar los fondos bibliográficos. Son admirables las listas que presentaba, llenas de títulos atractivos, de vanguardia y de calidad clásica.

Junto a esta institución pública, real y episcopal, debe recordarse el acopio de colecciones manuscritas e impresas guardadas en los conventos, pues eran centros de estudios teológicos casi todos ellos. Por los profesores de Filosofía y Teología que impartieron la enseñanza, y por las conclusiones que se defendieron en las sucesivas Academias, sabemos que algunos frailes militaban en las nuevas corrientes de pensamiento y, a veces en la línea más avanzada. Los temas sobre las temporalidades y el poder real, la infalibilidad del Papa, la burla de los siligismos y la exaltación de la física experimental eran los nuevos polvorines que quitaban el sueño a la Inquisición. Todas estas bibliotecas conventuales no siempre fueron bien guardadas, ni defendidas, pues con la decadencia de los religiosos se vendieron importantes obras. Hay que contar además, con la biblioteca del Cabildo Catedral y la del Seminario.

Tenemos que tener muy en cuenta las bibliotecas privadas, muchas desconocidas en las islas. Es digna de mención la del Marqués de Villanueva del Prado, Don Tomás de Nava y Griñón, dedicada a su servicio personal y al de su famosa tertulia, así como al aprovechamiento de la Real Sociedad de Amigos del País. A la muerte del marqués, su hijo, Don Alonso, tuvo que presentar en el Tribunal de la Inquisición la lista completa de los libros que dejaba en su testamento. Por ella sabemos la riqueza cultural que representaban los cuatrocientos títulos de obras impresas, que eran las que verdaderamente preocupaban al Santo Tribunal.

Del mismo interés era la biblioteca de Don Manuel Verdugo y Albiturria, Obispo de Canarias entonces, así como la de Madan, la de Viera y Clavijo, entre otros en Las Palmas, junto a las de hombres y apellidos distinguidos de La Laguna y La Orotava. No pueden olvidarse otras bibliotecas, tal vez menos completas, pero igualmente notables, como la de los Bencomo, Anto-

nio María de Lugo, Graciliano Afonso y las propias de los obispos de esta Diócesis.

Con esta breve exposición queda de manifiesto el esfuerzo de los ilustrados canarios, civiles y eclesiásticos, por incrementar la cultura de su tiempo y de su tierra. Deseaban, con todo el alma, impedir que Canarias cayera en la inercia, se postrara en la lejanía de los centros más vivos de la cultura, se quedasen baldías tantas posibilidades, o desperdiciado el potencial humano, religioso y cultural del Archipiélago. Pero la realidad se fue haciendo cada vez más dura, las novedades políticas, las cuestiones sociales, la pobreza acentuada, la caída del comercio con Indias y tantos otros inconvenientes, hacían sobrehumana la lucha de cuantos amaron a esta tierra y desearon el cumplimiento de los mejores proyectos de promoción y modernización que se sucedieron en sus manos. El siglo de las "luces" iba ya cruzando la frontera de la revolución de las ideas, el freno reaccionario, el desmoronamiento de muchas ideas y utopías y los desaciertos políticos y sociales. Las Islas entraban también en plena fermentación.

Quedan en pie esos hombres que hemos mencionado, presididos por la figura colosal del Obispo Tavira, cuya acción pastoral exhaustiva y avanzada, su biblioteca —una de las más llenas de su entorno— y su influyente personalidad, intentaron lo que no pudo ser un éxito, la transformación, desde lo más hondo, de este pueblo dotado de cualidades exquisitas y de posibilidades numerosas. Esa estampa canaria del siglo XVIII es un tributo que debemos conocer, valorar e imitar.

José Antonio Infantes Florido